

¡Ay... que tiempos aquellos!

SANTA CLARA DE LA SAUCEDA

Por Octavio Limón Torres

...Y no podía faltar, al fondo, como en cualquier hacienda que se honre de serlo, la cúpula con su campanario.



1615, merced en un sitio de ganado menor a Juan Gutiérrez de Medina. 1727, propiedad de los padres de la compañía de Jesús para, años después, pasar a manos de los antepasados de Enrique Palomar y Martínez Negrete, actual dueño de la bella finca que ahora nos ocupa y depositario de una propiedad familiar que presume ya de dos siglos. Latifundio que se componía de Santa Clara de la Saucedá, como la finca principal, y de las estancias de Santa María Tateposco y San Nicolás.



Amplios corredores:
sombra y frescura
después de la
deslumbrante luz del
sol.



Al centro, rodeado de
arquerías, el eterno
reducto del patio.



Encerradas por una muralla se encuentran la casa principal o de los patronos, la del sacerdote, la del administrador, caballerizas, macheros, carpintería, herrería, trapiche, bodegas, huertas, patios de faena, la casa del caballero, el tanque para los cuacos consentidos, los toriles, la tienda de raya y la capilla, de sobrio estilo neoclásico.

La casa principal luce un corredor exterior en cuyos extremos encontramos la capilla antes mencionada y el "escritorio"; "A Dios lo que es de Dios y al César lo que es del César"; tan sólo una elegante arquería de por medio.

Tras ingresar por un pequeño pasillo, podemos admirar el clásico patio cuadrado con sus cuatro corredores con arquerías, a lo largo de los cuales se distribuyen las puertas y ventanas de las salas, el comedor y las amplias habitaciones amuebladas aún en el elegante y sobrio estilo de las haciendas tradicionales y no como los recargados y cursis palacetes campestres del porfiriato.

Después de esta breve introducción descriptiva pasemos a hablar un poco de la vida en "la Saucedá" poco antes de que el reclamo zapatista de "Tierra y Libertad" retumbara por sus impávidos corredores.

Aprovechando los fríos de enero se llevaban a cabo las ansiadas faenas de los herraderos y los capaderos, en las cuales lucían sus habilidades los diestros vaqueros y alguno que otro charro catrín de la ciudad, o hacendado vecino, que era invitado para tal efecto. Los capaderos servían para dotar a la hacienda de sus famosas yuntas de bueyes bermejos y animales para engorda que después serían bien vendidos.

Como la Saucedá poseía grandes y enmontados potreros, donde algunos animales rara vez veían al hombre, se dio el lujo de enviar muchos de estos toros "bravos" para que fueran lidiados en varias plazas del rumbo, llegando a ser toreados en el llorado coso de "El Progreso" en Guadalajara, arbitrariamente demolido por alguien de cuyo nombre no quiero ni acordarme.

También durante los primeros meses del año, los portones de la hacienda se

¡ Ay... Santa Clara de la Saucedá, vieja hacienda del Valle de Amexa, cuantas historias tienes que contar!

Admirar, contemplar,
revivir épocas, al
recorrer habitaciones
amuebladas en el
clásico y sobrio estilo
hacendario.





Salones que al cerrarse se abren a otro tiempo y otro espacio.



Recorrer los pasillos, respirar profundo... dejarse transportar por la nostalgia.



Interiores y exteriores que se abrazan y combinan, intercambiando objetos que el tiempo ha convertido en arte y que hoy la luz rescata en la distancia.

abrían para dar paso a las enormes carretas que, tiradas por estoicos bueyes, cargaban a tope la caña destinada al trapiche, de donde saldrían el dulce piloncillo y la panocha. Claro que si uno quería, se podría sacar de las bateas intermedias del proceso de cocción una buena cantidad de exquisito melado para con él bañar el recién horneado pan hecho en la misma casa.

Por otro lado el Domingo de Pascua tenían lugar las tradicionales carreras parejeras en el carril de la coyotera:

- ¡Cuál manda patrón?
- Diez pesos a la tordilla.
- ¡Vámonos acomodando! -grita el juez de partida.
- ¡Abranse que ya se vinieron!
- Ganó el alazán, ¡me lleva el diablo!

Y como de fiesta se trataba, los mariachis y las bandas tocaban todo el día, interpretando hasta el cansancio una composición muy gustada del maestro Manuel H. Mira-montes, el corrido del Salitre.

*La chata, es chata y bonita.
¿Quién dijo no, quién dijo quién?
Es como una palomina
de las haciendas de don Senén.
La chata, es chata y bonita.
¿Quién al mirarla puede dudar?
Echame aquel toro bayo
que tiene el fierro de Palomar.*

Para los aguaceros de mayo las tierras ya estaban preparadas y sembradas de maíz y las habitaciones de la casa grande también estaban listas para hospedar a niños, nanas y mamás que pasarían los días de vacaciones en la finca.

Paseo al cerro de Santa Clara.

- Yo quiero el canelo.
- No niño, ese lo va a tumar.
- ¡Qué yo quiero al canelo!
- Andele pues.

Septiembre, regreso a clases.

Muchas cosas que contar y un nuevo vocabulario aprendido de los hijos de los empleados de "la Saucedá", que, desafortunadamente, la mayoría de las veces al ser usado, traía aparejado un coscorrón.

Después venía la cosecha: a desgranar todo el maíz. Las trojes de la gran finca algunas veces resultaban insuficientes, había sido un buen año, muy buen año.

Para Navidad, se hacía el reparto a los empleados de maíz, frijol, galletas, piloncillo, cobijas, mantas, etc. Después de esto se representaba la pastorela tradicional, ensayada por meses y que casi siempre degeneraba en una involuntaria comedia digna de Juan Orol.

*Vencites, Miguel, vencites,
con tu flamígera espada,
'ora si ya me cargo la fregada.
¡Ay... Santa Clara de la
Sauceda, vieja hacienda del
Valle de Amexa, qué tiempos
aquellos! Ω*

- *¿Cuál manda patrón?
- Diez pesos a la tortilla...*